Domingo 12 de marzo de 1995
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Lc 9,28-36

Este es mi Hijo, mi Elegido

El Domingo II de Cuaresma está reservado a la contemplación del episodio evangélico de la Transfiguración de Cristo. Este hecho de la vida de Jesús tiene además su día propio en el calendario litúrgico, el 6 de agosto, que este año precisamente cae en día domingo. No es una parábola sino un hecho real histórico del cual fueron testigos oculares los apóstoles Pedro, Juan y Santiago.

La palabra "transfiguración", que da el nombre a este episodio, es la traducción de la palabra griega "metamorfosis", que significa "transformación". Los relatos de Marcos y Mateo, no sabiendo cómo expresar lo que ocurrió, dicen literalmente que Jesús "se metamorfoseó ante ellos". Pero Lucas prefiere evitar la expresión para que no se piense que Jesús se transformó en otro; es lo que podría sugerir la palabra "metamorfosis". Lucas dice simplemente que "el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos se volvieron de un blanco fulgurante". Y nosotros, por el mismo motivo, cuando traducimos esa expresión de los relatos de Marcos y Mateo, decimos que Jesús "se transfiguró ante ellos". De aquí el nombre Transfiguración.

El relato se abre diciendo que "Jesús tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago y subió al monte a orar. Y sucedió que mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió...". El evangelista quiere subrayar que el hecho ocurrió dentro de la oración de Jesús. El subió al monte para orar. Y en medio de la oración fue rodeado de una luz fulgurante.

Seguramente no hay nada más impresionante que ver orar a un santo. Se cuenta, por ejemplo, en la vida de Santa Bernardita que cuando ella corría a la gruta de Massabielle en Lourdes el encuentro con la Virgen y oraba ante ella, la multitud que acudía no veía a la Virgen, pero le bastaba verla a ella orar. Imaginemos ¡qué sería ver orar a Jesús mismo! En el Evangelio, Lucas es especialmente sensible a este aspecto. En otra ocasión nos dice que "Jesús se fue al monte a orar y se pasó la noche en la oración de Dios" (Lc 6,12). Esa vez estaba solo pues aún no había llamado a sus doce apóstoles. Pero en otro momento lo vieron orar sus discípulos: "Estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos de dijo: Señor, enseñanos a orar" (Lc 11,1). En el Evangelio de hoy, viendo los apóstoles a Jesús orar y revelar ante ellos su gloria exclaman: "Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". El Evangelio agrega que Pedro "no sabía lo que decía". Pero una cosa él sabía bien: que era bueno estar allí ante esa visión de Cristo. Podemos concluir que, si al revelar Jesús un rayo de su divinidad nos entusiasma de esa manera y nos

llena de una alegría tan total, ¡qué será cuando lo veamos cara a cara! (cf. 1Cor 13,12; 1Jn 3,2).

El texto es de una riqueza inmensa; es imposible agotarlo en un breve comentario. Detengamonos, sin embargo, en la voz que vino desde la nube. La nube nos hace recordar otra gran manifestación de Dios a su pueblo, esa vez en el monte Sinaí, cuando les dio el decálogo. Dios dijo a Moisés: "Mira: voy a presentarme a ti en una densa nube para que el pueblo me oiga hablar contigo, y así te dé crédito para siempre" (Ex 19,9). En el monte de la Transfiguración la voz que vino de la nube dijo: "Este es mi Hijo, mi Elegido. Escuchadle". Es posible reconocer en esta frase, que describe la identidad de Jesús, una alusión a la profecía de Isaías: "He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma" (Is 42,1). Esta profecía inaugura los famosos cuatro cantos del "siervo de Yahveh". Ellos anuncian un personaje que tomaría sobre sí los pecados del pueblo y, como un cordero llevado al degüello, ofrecería su vida en sacrificio por el rescate de la multitud. Al leer estos textos los doctores de Israel se preguntaban: "¿De quién dice esto el profeta, de sí mismo o de otro?" (Cf. Hech 8,34). Jesús parece responder: "Esas profecías me anuncian a mí". En efecto, él dijo de sí mismo: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a ofrecer su vida en rescate por la multitud" (Mt 20,28).

La alusión a la profecía del "siervo" tiene en Lucas un cambio significativo. En lugar de "siervo" dice "Hijo". La voz declara que este Jesús es el Hijo de Dios, es decir, que es de naturaleza divina. Es lo que tenía que comprender un judío para convertirse y creer en Jesús. Lucas resume la predicación de Pablo a los judíos, después que se convirtió camino a Damasco, diciendo que "en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era Hijo de Dios" (Hech 9,20). Jesús, el mismo que en la tierra asumió la misión del "siervo y elegido de Yahveh", es el Hijo de Dios. Esta es la enseñanza de la Transfiguración que después de la teofanía concluye: "Cuando la voz hubo sonado, se encontró Jesús solo". Es decir, retoma su condición de "siervo". La Transfiguración es una representación visible del himno cristológico: "Cristo, siendo de condición divina... se despojó de sí mismo y tomó la condición de siervo" (Fil 2,6-7).

En nuestro camino cuaresmal, esta lectura nos hace comprender la necesidad de la oración, del silencio y de la soledad, para poder escuchar la voz de Cristo y ver si Dios nos concede, como a los apóstoles, un conocimiento profundo de la identidad de Cristo, Dios verdadero y hombre verdadero.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción